

Juan Crisóstomo

SOBRE LA RESURRECCIÓN

I

Hemos dejado la carga del ayuno, mas no dejemos también su fruto; porque se puede muy bien dejar la carga del ayuno y recoger el fruto del ayuno. Ha pasado el trabajo de los combates, mas no pase el esfuerzo en las buenas obras; ha pasado el ayuno, pero permanezca la piedad; aunque, mejor diré, ni el ayuno ha pasado. Mas no temáis; pues no lo he dicho para intimaros otra cuaresma, sino para anunciaros que conservéis la misma virtud. Ha pasado el ayuno corporal, mas no ha pasado el ayuno espiritual. Este es mejor que aquel, y aquel no era sino por este. Así, pues, como cuando ayunábais os decía que puede suceder que quien ayuna no ayune, así ahora os digo que puede suceder que ayune quien no ayuna. A primera vista parece un enigma lo que digo, mas yo daré una solución. ¿Cómo puede ser que quien ayuna no ayune? Cuando uno se abstiene de los manjares, pero no se abstiene de los pecados. ¿Cómo puede ser que ayune quien no ayuna? Cuando uno gusta de los alimentos, mas no gusta del pecado. Este ayuno es mejor que aquel, y no sólo mejor, sino también más llevadero. Para aquel ayuno muchos se excusaban con la debilidad y con la molestia de la comezón del cuerpo. Estoy lleno de sarpullido, decían,

no aguanto el sudor, el beber agua me corrompe, no puedo con las legumbres. Muchas cosas como estas oía entonces decir a muchos; pero en este otro ayuno no hay ningún pretexto semejante. Disfruta del baño, participa de la mesa, haz uso del vino con moderación, y si quieres comer carne, nadie te lo impide; goza de todo, abstente sólo del pecado. ¿Ves cómo a todos es fácil este ayuno? No vale aquí la excusa de la debilidad del cuerpo; ésta es obra puramente del alma.

II

Es posible que quien no bebe vino se embriague, y quien bebe vino esté en su juicio; y que haya efectivamente embriaguez sin vino, óyeselo decir al profeta: *¡Ay de los que se embriagan sin vino* (Is. 38, 1)! ¿Y cómo es posible embriagarse sin vino? Cuando no templeas con el buen pensamiento el vino de las pasiones. Es también posible que quien bebe vino no se embriague; y si esto no fuera posible, no se lo hubiera San Pablo ordenado a Timoteo al escribirle así: *Haz uso de un poco de vino por causa de tu estómago y frecuentes enfermedades* (1 Tim. 5, 23). Porque la embriaguez no es otra cosa sino la pérdida de la razón natural, perturbación de los pensamientos, vaciedad de la inteligencia, pobreza de juicio. Y eso no lo causa tan sólo la embriaguez del vino, sino también la embriaguez de la ira u otra pasión desarreglada. Porque así como de una fiebre es causa o el tiempo de vela, o el trabajo, o la tristeza, o el honor corrompido, y siendo tan diversas las causas, es uno el padecimiento y enfermedad; así también en nuestro caso, es causa de embriaguez el vino, es causa el deseo inmoderado, es causa el humor corrompido, y siendo tan diversas las causas, es uno el padecimiento y enfermedad. Abstengámonos, pues, de la embriaguez; no digo *abstengámonos del vino*, sino, *abstengámonos de la embriaguez*; no es el vino el que causa la embriaguez (pues es criatura de Dios, y la criatura de Dios no hace de suyo ningún mal), sino que la causa de la embriaguez es la mala voluntad. Y que haya otras maneras de embriaguez, además de la que procede del vino, oye como lo dice San Pablo: *No os embriaguéis con vino* (Ef. 5, 18), donde da a entender claramente que hay otro modo de embriagarse. *No os embriaguéis con vino, en el cual está la lujuria*. Admirablemente encerró en tan breve sentencia todo el mal de la embriaguez.

III

¿Qué significa *No os embriaguéis con vino, en el cual está la lujuria*? Lujuriosos llamamos a aquellos jóvenes que, recibida la herencia paterna, la derrochan toda de un golpe, y no piensan, ni a quien conviene dar, ni cuando conviene dar, sino que tomando por junto los vestidos, el oro, la plata, toda la riqueza paterna, la malgastan con mujeres pedidas. Tal es la embriaguez; coge como a joven lascivo la mente de los que se embriagan, sujeta con ataduras la razón y obliga a derramar sin sentido ni tino todo el caudal de buenos pensamientos. El ebrio no sabe ni qué conviene decir, ni qué conviene callar, sino que continuamente está su boca sin puerta que la cierre; no tiene en sus labios cerradura alguna; el ebrio no sabe distribuir sus palabras con juicio, no sabe administrar la riqueza de su mente, no sabe guardar lo uno y gasta lo otro, sino que todo es allí consumir y derramar. Es la embriaguez una voluntaria locura, pérdida de la razón, desgracia digna de irrisión, enfermedad digna de ludibrio, demonio voluntariamente admitido, y peor que el mismo delirio.

IV

¿Quieres saber cómo el ebrio es peor que un endemoniado? Al endemoniado todos le compadecemos, pero al ebrio le aborrecemos; con aquel, nos movemos a lástima; con éste, nos airamos e irritamos. ¿Por qué así? Porque aquel sufre por la injuria ajena; éste, por su negligencia propia; aquel, por el asalto de los adversarios; éste, por el asalto de sus pensamientos; y lo mismo que a un endemoniado, le sucede a un ebrio; lo mismo anda dando rodeos, lo mismo se levanta, lo mismo cae, lo mismo retuerce sus ojos, lo mismo se agita convulso tendido en tierra, espumajea su boca y arroja salivas hediondas y está llena de intolerable fetidez. Es desagradable para los amigos, dignos de risa para los enemigos, despreciable para los domésticos, cargoso para su esposa, pesado para todos y más molesto que los mismos irracionales. Los irracionales no beben sino mientras tienen sed, y miden el deseo con la necesidad; mas éste, por su intemperancia, pasa la regla del deseo y se hace más irracional que los irracionales; y lo peor es, que siendo una enfermedad llena de tantos males y que acarrea tantas desgracias, ni siquiera se tiene por digna de reprensión; antes, en las mesas de los ricos, hay emulación y contienda sobre cosa

tan vergonzosa, y disputan mucho entre sí sobre quién se ha de exponer más a la ignominia, quién causará más risotadas, quién perderá más el juicio, quién destruirá antes su vigor, quién irritará más al Señor de todos. ¡Tiene que ver porfía y contienda tan diabólica!

El que se embriaga, es más miserable que los muertos; porque un muerto yace sin sentido, sin poderse levantar ni para el bien ni para el mal; pero el ebrio, tan sólo sirve para obrar el mal; y el alma, sepultada en el cuerpo como en un sepulcro, va llevando acá y allá aquel cadáver. ¿Has visto ya cómo el ebrio es más infeliz que un endemoniado, cómo es más irracional que los irracionales, cómo es más insensible que los muertos? ¿Quieres que te diga otra cosas mayor y más grave aún que todo lo dicho? El ebrio no puede entrar en el reino de los cielos. ¿Quién lo afirma? San Pablo. *No os engañéis: ni los fornicarios, ni los adoradores de ídolos, ni los adúlteros, ni los muelles, ni los sodomitas, ni los ladrones, ni los avaros, ni los ebrios, ni los maldicientes, ni los que viven de rapiña, poseerán el reino de Dios* (1 Cor. 6, 9-10). ¿Has oído entre qué grupo le ha colocado? con los perdidos, con los fornicarios, con los idólatras, con los adúlteros, con los maldicientes, con los avaros, con los ladrones. ¿Pues qué? se me dirá; el ebrio y el fornicario ¿es lo mismo? el ebrio y el idólatra ¿es lo mismo? No me digas eso, oh hombre; no he hecho más que recitarte leyes divinas; no me exijas la razón de ellas; pregúntaselo a San Pablo, y él te responderá. Porque si es o no es comparado con ellos para el castigo, no te lo puedo decir; pero que pierda el reino de los cielos que el idólatra, esto si que te puedo afirmar sin reparo; y si esto se afirma, ¿para qué me pides ya razón de la medida del pecado? Porque si queda fuera de las puertas eternas, si pierde el reino de los cielos, si queda privado de salvación, si es lanzado al sempiterno suplicio, ¿a qué vienes aquí con balanzas, pesos y medidas de los pecados?

V

Verdaderamente, amados oyentes, es cosa terrible la embriaguez y perniciosa en extremo. No me dirijo a vosotros, Dios me libre; pues estoy muy persuadido que está exenta vuestra alma de esta enfermedad y pasión, y prueba es de que tenéis sana el alma vuestra diligencia en este sitio, vuestro fervoroso concurso, vuestra vigilante atención; porque es así que ninguno que se embriague puede desear oír la

palabra divina. *No os embriaguéis con vino en el cual está la lujuria, sino llenaos del Espíritu Santo.* ¡Esta si que es buena embriaguez! Adormece tu alma con el Espíritu Santo que no la adormezcas con la embriaguez, ocupa de antemano tu mente y pensamiento para que no halle lugar pasión tan desvergonzada. Por esto no dijo *participad del Espíritu*, sino *llenaos del Espíritu Santo*. Llena, como cáliz, hasta arriba con el Espíritu Santo tu alma, para que nada más pueda ya Satanás echar en ella; pues no se debe participar como quiera del Espíritu, sino llenarse de él por los salmos, himnos, cánticos espirituales, de que hoy os habéis llenado. Por eso tengo gran confianza de vuestra continencia. Tenemos un excelente cáliz, no la relajación. Y ¿cuál es este? El cáliz espiritual, el cáliz incontaminado de la sangre del Señor. Este no causa embriaguez, no causa relajación; porque no debilita las fuerzas, antes las despierta; no relaja los nervios, antes los vigoriza; este cáliz causa la vigilancia del espíritu, este cáliz es adorable para los ángeles, terrible para los demonios, preciso para los hombres, amable para el Señor. ¿Ves lo que dice David sobre este cáliz espiritual que está colocado en este altar? *Preparaste ante mí una mesa en frente de los que me atribulan; ungiste con aceite mi cabeza, y tu cáliz que embriaga ¡cuán confortador es* (Sal. 22, 5)! Y para que no temieras apenas oyese el nombre de embriaguez, creyendo que había de causar debilidad, añadió que es muy confortador y robustecedor. Nueva manera de embriaguez, que añade fuerza, que hace poderoso y robusto, porque manó de la piedra espiritual; no hay aquí perturbación de pensamientos, sino aumento de pensamientos espirituales.

VI

Embriaguémonos con esta embriaguez; abstengámonos de la otra para no afrontar la presente festividad; porque la fiesta de hoy no es tan sólo de la tierra, sino también del cielo. Hoy hay regocijo en la tierra, hoy hay regocijo en el cielo; porque si por la conversión de un pecador hay regocijo en la tierra y en el cielo, ¿cuánto mayor regocijo habrá en el cielo por haber sido toda la tierra arrancada de las garras del demonio? Ahora saltan de placer los ángeles, ahora se regocijan los arcángeles, ahora los querubines y serafines festejan con nosotros la presente festividad; no se desdeñan de sus consiervos, sino que se complacen en nuestros bienes. Porque aunque es nuestro este don del

Señor, también a ellos pertenece la alegría. Y ¿qué digo los consier-vos? El mismo Señor de ellos y nuestro no tiene a menos celebrar la fiesta con nosotros. Y, ¿qué digo “no tiene a menos”? *Con deseo*, dice, *he deseado comer esta Pascua con vosotros* (Lc. 22, 15); y si la Pascua deseó celebrarla con nosotros, claro está que también la Resurrección. Si se regocijan, pues, los ángeles y los arcángeles, y celebra fiesta con nosotros el Señor de todas las celestes potestades, ¿qué razón queda ya para desconfiar? Ningún pobre esté triste por su pobreza, porque esta fiesta es espiritual; ningún rico se engría por su riqueza, pues nada puede contribuir con su dinero para la alegría de esta solemnidad. En las fiestas profanas, donde todo es abundancia de vino, mesas opíparas, glotonería, risa descompasada, toda clase de lujo satánico; con razón se ve el pobre cabizbajo y el rico engreído. ¿Cómo así? Porque el rico se prepara una mesa espléndida y goza más de los deleites, y el pobre se ve por la pobreza impedido de ostentar semejante munificencia. Mas aquí nada de esto sucede; una misma es la mesa del rico y la del pobre: aunque sea uno rico, nada puede añadir a esta mesa; aunque sea pobre, no por serlo participará menos que los demás, porque este es un don divino. Y ¿de qué te admiras si digo que serán lo mismo el rico y el pobre? aun el mismo Emperador, ceñido de diadema, vestido de púrpura, que tiene en sus manos el poder sobre toda la tierra, aun el mismo Emperador y un mendigo que esté sentado para pedir limosna, tienen puesta una misma mesa. Tales son los dones del Señor; no se reparten y comunican según las dignidades y honores, sino según el fervor del espíritu. Y así, cuando vieres en la iglesia al pobre con el rico, al particular con el magistrado, al plebeyo con el magnate, al que fuera temblaba del príncipe, unido con él aquí dentro sin temor alguno, piensa lo que quiere decir aquella sentencia: *Entonces se apacentarán juntos el lobo y los corderos* (Is. 11, 16). Lobo llama la Escritura al rico, y cordero al pobre. Pero, ¿cómo la sentencia *Estarán juntos el lobo y el cordero* se puede entender del rico y del pobre? Atiéndeme bien. Hállanse muchas veces en la iglesia el pobre y el rico; llega la hora de los divinos misterios; es arrojado fuera el rico por no estar iniciado, y, en cambio, el pobre es admitido en los Tabernáculos celestiales; y no se indigna el rico, pues se reconoce por extraño a los divinos misterios. Pero ¡oh maravillas de la gracia!; no solamente por beneficio divino se concede a entrambos el mismo honor, sino que es antepuesto el pobre al rico por su piedad, y nada aprovechan a este sin piedad las ri-

quezas, ni daña al primero la pobreza, cuando confiado se presente en el sagrado altar. Esto lo digo, amados hijos, refiriéndome a los catecúmenos, no simplemente a los ricos. Fíjate, amado hijo, cómo se retira de la iglesia el Señor, y se acerca a los sagrados misterios el esclavo fiel; se aparta la señora, y permanece la sierva; porque *no es Dios aceptador de personas* (Gal. 2, 6). Así es que en la iglesia no hay diferencia de siervo, ni libre, sino que sólo es siervo, según la Escritura, quien está sujeto al pecado: *Quien comete un pecado, siervo es del pecado* (Jn. 8, 35); y aquel es libre, que fue libertado por la gracia divina.

Con la misma confianza llegan a esta mesa el Emperador y el mendigo, con el mismo honor, y muchas veces con más honor el mendigo. ¿Por qué así? Porque el Emperador, implicado en mil negocios, se ve como una nave recibiendo por todas partes las rociadas de las olas, y se quiebra con el choque de muchos pecados; mas el pobre, sin más solicitud que la del sustento necesario y pasando una vida descansada y libre de negocios, tranquilo como quien se ve dentro del puerto, se acerca a la sagrada mesa con toda confianza. Más aún; en las fiestas mundanas el pobre se ve humillado y el rico lleno de júbilo, no sólo por la mesa, sino también por los vestidos; pues la diferencia que los separa en el comer, la tienen también en el vestir. Así es que cuando el pobre ve al rico con las galas de elegante y magnífica vestidura, recibe un terrible golpe en su alma y se considera a sus propios ojos el más infeliz del mundo. Mas aquí aun esta pobreza desaparece, porque todos tenemos la misma vestidura que nos salva, el bautismo. *Porque cuantos os bautizásteis en Cristo, dice, de Cristo os vestiréis* (Gal. 3, 27).

VII

No afrentéis, pues, la presente fiesta con la embriaguez; porque nuestro Señor lo mismo ha honrado a los ricos y a los pobres, a los siervos y a los señores; antes correspondámosle por su benignidad para con nosotros; y la mejor correspondencia es una vida pura y un corazón vigilante. Esta fiesta y solemnidad no necesita de dinero ni de gastos, sólo de voluntad fervorosa y alma muy limpia; estas son las cosas que aquí se venden. Ninguna cosa terrena se vende aquí, sino la atención a la divina palabra, las oraciones de los padres, las bendiciones de los sacerdotes, la unión de los entendimientos, la paz y la

concordia: espirituales son estos dones, espiritual es el precio. Celebremos esta festividad gloriosísima y esplendorosa en que resucitó el señor; porque resucitó el Señor, e hizo resucitar juntamente a toda la tierra; resucitó él rompiendo todas las ataduras de la muerte, y nos hizo resucitar a nosotros deshaciendo todas las cadenas de los pecados. Pecó Adán, y murió. ¿Por qué? Para que el que pecó y murió pudiera en virtud del que no pecó y murió despojarse de las trabas del pecado.

Lo mismo suele suceder también con el dinero; debe uno a veces una cantidad, y no teniendo con qué pagarla, se ve preso en la cárcel; otro, que no debía y tiene con qué pagar, paga y deja libre al deudor. Pues he aquí lo que aconteció también con Adán: debía Adán, era presa del demonio, mas no tenía con qué pagar; no debía Cristo, ni era presa del mal espíritu, mas podía pagar la deuda. Vino, pues, y dio en pago su propia vida por el que era presa de Satanás, para librarle de él.

VIII

¿No ves aquí las maravillas de la resurrección? Dos muertes morimos nosotros, esperamos pues, dos resurrecciones: Cristo murió una muerte; por esto resucitó con una resurrección. ¿Cómo así? Ahora voy a explicarlo: murió Adán en el cuerpo y en el alma, murió con la muerte del pecado y con la muerte natural. *En el día en que comieréis del árbol, ciertamente moriréis* (Gen. 2, 17). Y no fue este el día en que murió según la naturaleza, sino según el pecado; según la naturaleza murió más tarde, pero fue más atroz su muerte por el pecado; esta era muerte del alma, la otra lo era del cuerpo. Pero al oír muerte del alma, no creas que el alma muere, pues es inmortal; la muerte del alma consiste en el pecado y suplicio sempiterno. Por esta razón dice también Jesucristo: *No temáis a los que matan el cuerpo, mas no pueden matar el alma; temed más bien a aquel que puede hacer perder cuerpo y alma en el infierno* (Mt, 10, 28), y lo que una vez se pierde, subsiste todavía, es cierto, pero queda oculto a los ojos de quien lo perdió.

Mas, como decía, en nosotros hay dos muertes; por eso conviene que haya dos resurrecciones. En Cristo hubo sólo una muerte, porque Cristo no pecó, y aun aquella su muerte única fue por nosotros, porque él no debía sufrir la muerte por cuanto no era reo de pecado, y por

consiguiente, tampoco de muerte. Por eso él resucitó con una resurrección correspondiente a su única muerte; mas nosotros que morimos con doble muerte, resucitamos también con doble resurrección: con una hemos ya resucitado, con la resurrección de la muerte de la culpa, pues fuimos sepultados con Cristo en el bautismo, y por medio del bautismo resucitamos con Cristo. Esta primera resurrección nos desata de los pecados; la segunda resurrección nos desata del cuerpo: nos ha concedido la mayor, espera que te concederá la menor; porque la resurrección de la muerte del pecado es mucho mayor que la otra; pues mucho más es verse libre de culpas, que ver el cuerpo resucitado. La caída del cuerpo fue por haber delinquido: luego si el principio de la caída fue el pecado, el principio de la resurrección será librarse del pecado. Hemos ya resucitado con la resurrección mayor, arrojando de nosotros la terrible muerte del pecado y desnudándonos de la vieja vestidura; por consiguiente, no desconfiemos de obtener la resurrección menor.

IX

Cuando fuimos bautizados, resucitamos también nosotros hace tiempo con la misma resurrección con que han resucitado los que esta noche han sido admitidos al bautismo, estos hermosos corderos del rebaño de Jesucristo. Antes de ayer fue Cristo crucificado, mas ha resucitado la pasada noche; también éstos antes de ayer eran presa de la culpa, mas todos han resucitado con él. Cristo murió en el cuerpo y resucitó en el cuerpo; éstos estaban muertos por la culpa y han resucitado libres de ella. La tierra en este tiempo de primavera produce rosas, lirios y otras flores; mas las aguas bautismales nos han ofrecido hoy un jardín mucho más ameno que la tierra. No te admires de que por las aguas hayan germinado flores, que tampoco la tierra produce el germen de las hierbas por su propia naturaleza, sino por el precepto de Dios. Produjo, también al principio la naturaleza del agua seres vivientes: *Produzcan*, dijo Dios, las aguas reptiles animados (Gen. 1, 20); y el precepto tuvo efecto, y aquel ser inanimado comenzó a criar seres animados; así también ahora han producido las aguas, no reptiles animados, sino gracias espirituales. Produjeron entonces las aguas peces irracionales y sin habla; ahora peces racionales y espirituales, peces cogidos por los apóstoles: *Venid*, dice, *y os haré pescadores de hombres* (Mt. 4, 19); de esta pesca hablaba entonces. Nueva manera,

por cierto, de pescar; los pescadores sacan la pesca del agua, nosotros la hemos metido en el agua, y así hemos pescado. Tenían antiguamente los judíos una piscina; mira lo que pudo aquella piscina, para que veas la pobreza de los judíos y entiendas los tesoros de la Iglesia. Era una piscina de agua, y allí descendía un ángel y agitaba el agua; después de agitada el agua, entraba en la piscina uno de los enfermos, y quedaba sano (Jn. 5, 4). Uno solo sanaba cada año, no por pobreza de quien daba la salud, sino por falta de quienes la recibían. ¡Qué diferencia! Bajaba un ángel a la piscina, agitaba el agua, y quedaba sano un enfermo; bajó el Señor de los ángeles al Jordán, agitó el agua, y sanó a toda la tierra. Por eso allí, si después del primer enfermo entraba otro, no sanaba, porque aquellos a quienes se concedía la gracia eran los judíos, débiles, miserables; pero aquí aun cuando entre en la piscina tras el primero el segundo, tras el segundo el tercero, tras el tercero el cuarto, y aunque entren diez, y veinte, y ciento, y diez mil, y todo el mundo, no se consume la gracia, no se gasta el don, no se enturbian las corrientes. Extraordinaria manera de limpieza; como que no es limpieza corporal, porque en ésta cuantos más cuerpos lave el agua, tanto más suciedad recibe; pero en la espiritual, cuantos más sean aquellos a quienes lave, tanto más pura queda el agua.

X

¿Has visto la grandeza del don? Pues conserva bien la grandeza de este don, oh hombre. No te es lícito vivir de cualquiera manera; ponte a ti mismo una ley que guardes con todo cuidado; en tiempo estas de guerra y pugilato, y el luchador de todo se abstiene. ¿Quieres que te diga un modo excelente y seguro de guardar la virtud? Todo lo que parece indiferente, pero engendra el pecado, arrojémoslo de nuestra alma. Porque hay en las cosas de la vida unas que son pecado, otras que no son pecado, pero son causas de pecado; así, por ejemplo, la risa no es pecado por su naturaleza, pero se convierte en pecado cuando pasa sus límites; porque de la risa viene la chocarrería; de la chocarrería, la desvergüenza en las palabras; de la desvergüenza en las palabras, la desvergüenza en las obras; de la desvergüenza en las obras, la pena y los castigos del infierno. Arranca, pues, la raíz misma, si quieres arrancar la enfermedad; porque si somos cautos en las cosas indiferentes, nunca caeremos en las prohibidas. Así, el mirar a las mujeres parece a muchos cosa indiferente; mas de aquí nace el

deseo pecaminoso; del deseo, la fornicación; de la fornicación, a su vez, la pena y los castigos del infierno. Asimismo, el darse a la satisfacción del gusto no parece malo, pero de aquí viene la embriaguez, y de la embriaguez innumerables males. Arranquemos, pues, siempre las raíces de los pecados. Por esto tenéis continua instrucción cada día; por esto celebramos el santo sacrificio siete días seguidos, poniéndoos delante esta mesa espiritual, haciendo que gocéis de la divina palabra, exhortándoos al combate cada día, armándoos contra Satanás; porque ahora es cuando nos urge con más furia; cuanto mayor es el don que se nos hace, tanto mayor es la guerra. Porque si con ver el demonio a uno solo en el paraíso no lo pudo sufrir, dime: ¿cómo podrá aguantar el ver a tantos en el cielo? Has irritado a la fiera, mas no temas; también has recibido más fuerzas, una espada bien afilada; traspasa con ella a la serpiente. Por esto ha permitido el Señor que se irrite contra ti, para que aprendas por experiencia hasta donde llega tu fortaleza.

Y así como un excelente maestro de luchadores, al encargarse de un atleta escuálido, enervado, descuidado, le unge, le ejercita, le robustece, y lejos de permitirle darse al ocio, le obliga a entrar en los certámenes, para enseñarle por experiencia cuánto es el vigor y robustez que le ha hecho cobrar; así también Cristo hizo lo mismo ni más ni menos con nosotros, porque bien podía quitar de enmedio a nuestro enemigo; pero para que vieras el exceso de la gracia que te dio, la grandeza de la fuerza espiritual que recibiste en el bautismo, le permite trabar lucha contigo, y te proporciona más y más ocasiones de ganar la corona del triunfo. Por esto van ya siete días seguidos en que estáis gozando de la instrucción espiritual para que aprendáis bien cómo haberos en los certámenes.

Es también lo que aquí pasa como una boda espiritual; en las bodas duran los convites hasta siete días. Por eso también nosotros os hemos mandado venir por siete días al sagrado convite. Mas allí, pasados los siete días, se acaban los convites; aquí puedes, si quieres, presentarte siempre en la sagrada mesa. Además, en las bodas terrenales, después del primero o segundo mes ya no es la esposa tan amada del esposo; más aquí nada de eso acontece, antes si somos diligentes, cuanto más tiempo transcurre, tanto más nos ama el esposo, tanto más generosamente nos abraza, más espiritualmente nos une consigo. Además, en la vida terrenal, tras la juventud sigue la vejez; aquí, después de la vejez viene la juventud, y juventud tal, que si queremos, jamás

tendrá fin. Grande es esta gracia, pero todavía sera mayor si queremos. Grande era Pablo cuando se bautizó, pero mucho mayor llegó a ser después, cuando predicaba, cuando confundía a los judíos; después de esto fue arrebatado al paraíso y subió al tercer cielo. De manera que bien podemos, si queremos, aumentar y engrandecer la gracia concedida por el bautismo y se acrecienta de hecho por las buenas obras, y adquiere nuevo brillo, y nos comunica luz más esplendorosa. Si tal hiciéremos, con grande confianza nos presentaremos en el tálamo del esposo, y gozaremos de los bienes preparados por él para los que le aman: ¡ojalá que los alcancemos todos nosotros por la gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo.

Editado por Manuel Arnaldos, ed. EJC, Molina de Segura 2025

[ver más autores y libros aquí](#)

Act: 01/09/2025 @escritores de iglesia +ENCICLOPEDIA MERCABA, MURCIA